

A la cima del Mulhacen

Salimos el domingo, 10 de Junio, de Granada en el tranvía de las doce hasta Maitena, fin del mismo; la mitad del recorrido lo hace por carretera y la otra por plena sierra, sobre un barranco gigante. Desde Maitena al hotel de Sierra Nevada se viaja en coche de diligencia, tres cuartos de hora de camino carretil montañoso en continuo zig-zags.

El hotel en plena Sierra, situado en la meseta de los Tejos (1.500 metros), rodeado de castaños y cerezos, es precioso, con toda clase de comodidades. Serían las tres de la tarde cuando empezamos a comer, mudándonos a continuación y llenando nuestras mochilas con comida para un día.

A las 5, 15 de la tarde nos pusimos en marcha, acompañados del guía Juan Lezama, que, aunque parece y es andaluz completo, desciende de vascos, como lo demuestra su apellido. De estatura media, delgado—55 kilos de peso—y cuarenta y siete años de edad, natural de Güejar-Sierra, pueblecito anterior a Maitena; lleva treinta años acompañando a excursionistas o matando cabras montesas. Es una bella persona, y cuanto se le pondere es poco.

Pasando por Fuente Agrilla, manantial ferruginoso, comenzamos la ascensión por una dura pendiente, para dar vista al Barranco de las Animas y continuar por Peña de los Perros, donde hicimos una pequeña parada, hasta la fuente Solana del Rinconcillo, donde echamos un traguito de agua fría como la nieve. Continuando por las laderas del Peñón de San Francisco, llegamos al albergue a las 7,35 de la tarde. Pasamos un buen rato examinando el panorama, viendo la puesta del sol, charlando, cenando, etc. Debo anotar como cosa curiosa que debimos calentar el agua para beber. Era imposible tomarla del manantial.

Al día siguiente, día memorable, nos despertamos a las 4,20, desayunamos en el amanecer delicioso de un día espléndido; comenzamos la excursión con verdaderas ganas de pelea.

Salimos a las 5,30 de la mañana, pasamos por Hoyo Mora a las seis; por Ata-

laya, 6,15; Barranco Cauchu, 6,30; Borreguil de la Dehesa de San Juan, 6,45; de San Jerónimo, 7,30, donde paramos media hora para almorzar tranquilamente.

Dejamos a la derecha Los Frailes y comenzamos las primeras fatigas del viaje.

Un fuerte repecho entre helados glaciares o duros peñascales de piedra suelta, y llegamos a las nueve al Picacho del Veleta. Hasta aquí la excursión fué una pequeña caminata. Paramos 50 minutos en la contemplación del paisaje que es soberbio. Al Norte, Granada, con su ideal vega; al Sur, Motril y el Mediterráneo; al Este, La Alcazaba y Mulhacen y La Alpujarrá detrás.

Con la alegría en nuestros rostros empezamos a las 9,50 el ataque a Mulhacen. Descendiendo hacia el Sur,

nos deslizamos por la nieve con gran sorpresa del guía, que nos llamaba valientes.

Los glaciares cada vez eran mayores y no podíamos seguir el verdadero camino por hallarse amenazadoramente cubierto de nieve. Tuvimos un momento de verdadero peligro, debiendo retroceder, al pie del Veleta, para tomar por unos peñascos enormes dirección más baja.

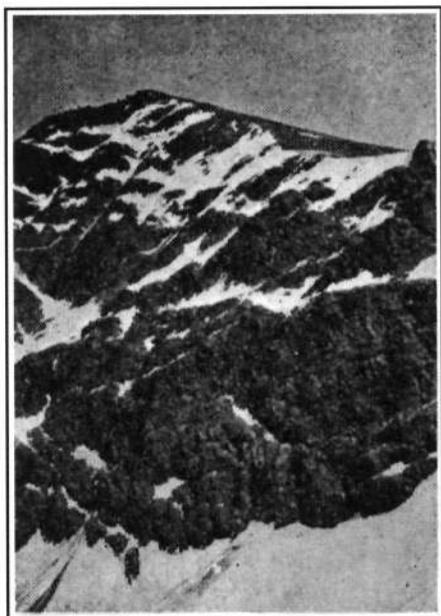
Pasamos nuestros apuros; tenía que ir por delante Eguiraun, abriendo camino con los grampones. Neveros interminables, peñas cortadas a pico, un sol africano que nos aplanaba y una mala comida que nos habían metido en el hotel.

Por los Filetes, puntiagudos peñascos, salvamos una parte de la excursión, continuando por las Lagunillas hasta Ríoseco, donde hicimos verdaderas proezas, escalando y salvando picachos de dura roca.

Al pie del Mulhacen hicimos detenerse al guía, por ser el camino de regreso, mientras subíamos a la cumbre. Este último repecho fué mortal; subíamos desperdigados, parándonos a cada momento, metiendo la boca entre los pocitos de agua o en plena nieve, costándonos respirar.



Camino del Mulhacen: Ríoseco.



El Mulhacen.

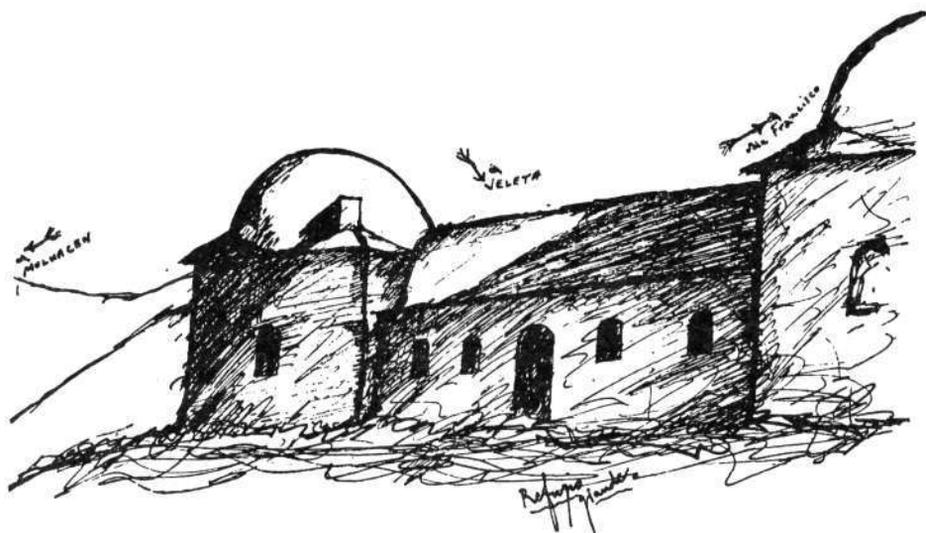


En la cumbre del Mulhacen: Los trece federados que la escalaron. Falta el fotógrafo D. Arana.



La ermita de la Virgen de las Nieves en la cumbre del Mulhacen. El presidente y tesorero del Grupo Alpino «Azakarrak», señores «Goiko» y «Pagaza».

En la cumbre grandiosa del Mulhacen, entre nieves centelleantes al sol, no pudimos menos de recordar emocionados las montañas de nuestra querida Vizcaya. Sus cumbres modestas, Pagasarri, Amboto y el mismo Gorbea, nuestro pequeño



Albergue de San Francisco (2.250 metros).

(Dibujo de Andrés Espinosa)

gigante, eran en su modestia los que nos habían aficionado a las alturas y los que nos habían dado fuerzas y adiestrado para estas excursiones de más empeño.

¡Mulhacen, cumbre máxima de la Península Ibérica, desde tu nieve immaculada va nuestro recuerdo a las verdes laderas de nuestras montañas vascas!

El regreso empezamos a las cuatro de la tarde, llegando al puerto de Ríoseco, donde nos esperaba el guía, a las 4,30. Continuamos el camino a las cinco, después de reunirnos todos.

Por unos imponentes glaciares bajamos tropezándonos con cuatro cabras montesas, de las cuales mató una el guía, no cobrándola, pero nos dijo que volvería al día siguiente en su busca. Fué un momento emocionante; nos mandó echarnos a tierra, y tirando al suelo su sombrero y alforjas, comenzó la cacería, saltando de peña en peña.



El picacho de Veleta.

Por una pronunciada trocha efectuamos la bajada, saltando o brincando como las cabras, teniendo la precaución de bajar uno por uno, porque arrastramos muchas piedras. A las siete estábamos en el barranco, donde nace el río Genil, al pie de las Peñas de los Machos. Siguiendo el curso del río, rendidos, llegamos al cortijo de La Estrella a las 9,45 de la noche, después de salvar peñascales, subir cuestras, atravesar el torrente y mil calamidades más.

Después de tomar dos vasos de leche de cabra recién ordeñada, continuamos. Siempre siguiendo el curso del río, en el fondo de un profundo y tenebroso barranco, sobre un peligroso precipicio, sin luz y con noche oscura.

Uno detrás de otro, siguiendo las indicaciones del anterior: «cuidado, a la derecha precipicio; peñas a la izquierda; bajada pronunciada; ojo, un torrente». Fué una larga y penosa peregrinación, salvando torrentes, uno de los cuales tuvimos que pasar a las doce de la noche a gatas, sobre un puente de tres o cuatro peñas.

Para remate final, después de estar durante una hora viendo las luces del hotel, subimos una pendiente arrastrándonos, llegando al Paraíso de la Sierra, una especie de venta, a las dos de la mañana, donde tomamos un vaso de vino que nos dió fuerzas para el remate.

Entramos en el hotel a las 2,20, después de despedirnos del guía, que se portó como un padre.

GANEKO.

Uno de los trece.

Echebarría (V.), Pagazartundua (S.), Arana (D.), Sopena (A.), Solano (J. M.), Martínez Taubman (L.), Adarraga (J.), Jauregui (J. L.), Cortázar, Espinosa (M.), Ferrer (A.), Eguiraun (F.) y Goicoechea (N.), son los nombres de nuestros bravos federados, que para demostrar ostensiblemente su amor a la montaña, y desdénando peligros y privaciones, lograron coronar la cumbre más altiva de la Península. PYRENAICA, portavoz de todos los montañeros vascos, les envía un saludo entusiasta y un abrazo efusivo.

